

polares de la orientación”; y 2) que P “constituya un objeto orientado—inherente o canónicamente— que, a la vez que señala el punto desde donde se parte el dominio de locación en las áreas polares, señala asimismo la dirección en que se ordenan los polos de ésta” (p. 107).

Ya para concluir, quiero resaltar el hecho de que el trabajo de CR es un continuo ir y venir entre un análisis sintáctico y un análisis semántico-pragmático, gracias al cual ni el primero acaba produciendo un resultado formal estructuralmente plano, desvinculado del mensaje que codifica, ni el segundo una gran paráfrasis de los sentidos locativos. El valioso trabajo de CR no ha sido sólo el de describir e interpretar, sino el de conjuntar análisis sintáctico y semántico para intentar llegar a un nivel generalizador y, por tanto, explicativo de una zona del español. Creo que este trabajo constituye una sugerente y potencialmente productiva propuesta de análisis metodológico para la sintaxis del español.

SERGIO BOGARD

Escuela Nacional de Antropología e Historia

El Colegio de México

LUIS ASTEY, *Dramas litúrgicos del occidente medieval*. El Colegio de México-CONACYT-ITAM, México, 1992; 682 pp.

Luis Astey recoge en su obra numerosas representaciones dramáticas de los misterios del cristianismo, llevadas a cabo en un marco de culturalidad y de rito, es decir, dentro de la acción litúrgica. Lógicamente el ciclo de dramas más importante es el que corresponde a la resurrección de Cristo, que se vive como el misterio máximo. Después encontramos otros dramas pertenecientes al ciclo de la Pascua o próximos a él, como la Ascensión y Pentecostés. Se encuentran enseguida otros dramas de la Navidad y finalmente tres dramas semilitúrgicos, entre los que sobresale el de Daniel.

En su erudita introducción, Astey entiende el drama litúrgico como la representación ritual de una realidad religiosa, mediante los recursos del teatro, pero escenificada en un lugar sagrado. Es ritual porque no se reduce a ser una representación teatral como las otras, las profanas, sino que quiere ser algo más que una dramatización, aspira a ser un recuerdo, una rememoración y conmemoración; participa, aunque sea de lejos, y lo hace muy sutilmente, de los sacramentos, los cuales dan la presencia real de la divinidad. Claro que sólo ellos tienen ese poder de realizar lo que significan, como también se dice en la Biblia de la palabra misma de Dios, que dice y hace, o que al decir realiza. Pero, en fin, los dramas litúrgicos se enmarcan en el rito, en

el hacer del decir, por el cual se vive de alguna forma esa presencia de lo que se hace representación. La obra de Astey nos hace sentir que algo al mismo tiempo se está presentando y representando, por entrar en el ámbito de lo sagrado. Por eso se realizaban en lugar sacro, en el templo, como parte de la liturgia sacramental, o como auxiliar de ella. Liturgia en el pleno sentido de la palabra, según una de sus etimologías antiguas, elaborada a partir de *lythos ergon*, la acción sobre la piedra, en la piedra como altar, acción sacra, caminar en lo sagrado.

Es a una realidad religiosa a la que apunta esa representación, como bien dice Luis Astey; sí, pero creo que no lo dice de manera del todo completa; a mi modo de ver, le falta decir que la realidad sagrada es de suyo misteriosa, siempre nos conecta con lo misterioso, nos hace tocar el misterio. Por eso el drama litúrgico tiene un poder de evocación mayor que el que tienen los otros dramas. Es una representación que sumerge en su significado, en su referente.

Pero Luis Astey logra reconstruir bastante de la honda emoción de esos dramas sencillos, en esa difícil labor de traducir del latín, más difícil de lo que se imagina (ya que se tiende a creer que es fácil por ser la lengua madre del castellano). Al enfrentarse con la complicación—incluso cultural— del griego o del latín, se desencanta uno ante la ingente dificultad que ello encierra, casi sobreviene la desesperación por lo engañoso que resulta el avance y lo cierto que se muestra el empobrecimiento que uno hace de los textos. Pero creo que Luis Astey ha logrado salir avante en esa ardua labor del traducir, del *interpretes*, del intérprete, el intermediario, como llamaban los latinos al traductor, sobre todo al que vertía de una época a otra.

A pesar de que muchos de los dramas representan el mismo misterio, no resulta pesado leerlos todos en su latín de origen y en la cuidadosa traducción de Astey. Antes al contrario, redundan en gusto el captar las diferencias; y encontrar, por ejemplo, la *visitatio sepulchri* de Winchester, del año 970, en el que se pide que los que van a iniciar la representación lleguen como si no fuera a ser tal, y sorprendan al pueblo o público presente que no lo esperaba. Así, con esa candorosa forma de sorprender, comenzaba la representación, ante los atónitos ojos de los presentes.

Y hay muchas otras cosas notables. En la representación de la visita al sepulcro, hecha en la catedral de Padua, en el siglo XIII, se aprovechan las escaleras del templo para que los ángeles desciendan y suban, dando la impresión de que la catedral está conectada con el cielo, que da acceso al cielo, para que los seres celestiales suban y bajen (p. 171). La representación llevada a cabo en Dublín, en la Iglesia de San Juan Evangelista, en el siglo XIV, comienza con un enternecedor duelo por la muerte del Salvador, que habrá de resucitar.

De la misma manera, en la pieza de la catedral de Rouen, del siglo XIII, se encuentra una expresión en la que, al contemplar a Cristo

resucitado, se le da el nombre bíblico que designa mayor potencia, el del león.

Pero es en la pieza representada en la abadía benedictina de Rheinau, del siglo XIII, donde se encuentran los versos de mayor hermosura, en los que San Juan y San Pedro cantan el deseo de ver el rostro de Dios. Ese último anhelo, esa última petición es la que llena las celebraciones litúrgicas, y por tanto esos dramas que ahora nos entrega Luis Astey.

MAURICIO BEUCHOT

Universidad Nacional Autónoma de México

FRAY JOAQUÍN BOLAÑOS, *La portentosa vida de la Muerte, emperatriz de los sepulcros, vengadora de los agravios del Altísimo y muy señora de la humana naturaleza* (México, Joseph de Jáuregui, 1792). Ed. crítica, introd. y notas de Blanca López de Mariscal. El Colegio de México, México, 1992; 407 pp. + ilustr. (*Biblioteca Novohispana*, 2).

Cuenta Artemio de Valle Arizpe en *Historia de una vocación* sus recuerdos de la biblioteca episcopal de San Luis Potosí, selecta y rica, vasta y deslumbrante (ahora desaparecida), en que se sintió como ratón en queso de bola. Muy especialmente recordaba la coexistencia en ella de las grandes obras de los Siglos de Oro de la literatura española en su modalidad seria con las que metían inquietud y estruendo con su risa, gracejo, sátira y socarronería. Entre éstas, naturalmente, podemos incluir las de nuestra Nueva España, de las cuales tenemos ahora a la vista una que es felizmente acreedora a aquellos versos puestos por Agustín Moreto, citados al caso por el mismo Valle Arizpe, en boca de un personaje de *La Arcadia*:

Libros que, mezclando
lo útil y lo suave,
con lo mismo que divierten
enseñan y persuaden.

Conviene atender al último verbo, persuaden. En él está contenida la función de aquel medio tan popular en el mundo barroco y religioso, especialmente de Nueva España, de conmover, de persuadir a los oyentes por medio del arte de la oratoria llamada sagrada, de la necesidad de meditar acerca de la Muerte, tanto en su género funerario como de provocación para aborrecer el pecado, y recordar las postrimerías o novísimos del hombre: Muerte, juicio, cielo e infierno.